EN ESTE LADO DE LA LÍNEA

(PEDRO URIS, 1997)

Cuando el empleado de aquel banco, un hombre joven que seguro nunca había conocido, ni conocería, las cuestiones que me atormentaron en mi juventud, cerró la puerta y yo quedé solo con aquella caja metálica, en un pequeño recinto de apenas dos por cuatro metros, tuve conciencia de que en algún lugar de aquel espacio desnudo, destinado para la intimidad de los clientes que guardaban sus tesoros y sus miserias en las cajas de seguridad del banco, se encontraba dibujada esa línea que, en otro tiempo, yo había buscado con emoción y que ahora, con el paso de los años, se había convertido para mí en una leyenda inútil y molesta. Una línea que recorre los espacios profundos del alma y divide nuestra historia en dos paisajes tan diferentes entre sí como el día de la noche o como el bien del mal. Una línea que todos buscamos alguna vez en la vida, a veces tan sólo durante un instante de debilidad o de melancolía, a veces durante esos meses en los que creemos amar de verdad y para siempre, a veces durante los años en que pensamos que el mundo puede ser convertido en algo mejor de lo que nos han enseñado. Y a veces, como me sucedía a mí, durante casi toda una vida.

Aunque al principio compartimos muchas noches y nuestros encuentros fueron casi diarios, no creo mentir al afirmar que sólo había visto a aquel hombre tres veces a lo largo de toda mi vida, ya que todos aquellos encuentros de mi juventud permanecían agrupados en mi memoria en una misma e interminable noche. A pesar de este conocimiento tan fragmentado y disperso, su rostro y su recuerdo me habían acompañado en otras muchas ocasiones, unas veces evocados por la euforia de un sentimiento noble y otras por la breve sensación de amargura que seguía a cada nuevo abandono o deserción. Siempre asociado a esa línea cuya existencia me descubrió y que ahora me había atrapado en aquel pequeño recinto que compartía con una caja de seguridad cuya llave estaba en el fondo de uno de los bolsillos de mi cazadora. La línea que traza la frontera de todas nuestras renuncias y deserciones, la línea que divide los

paisajes que recorremos a lo largo de nuestra vida a la luz de nuestra conciencia. La línea que separa el bien del mal, la verdad de la mentira, la memoria del olvido. Una línea que recorremos muchas veces durante nuestra juventud, cuando todavía andamos indecisos ante las perspectivas de la vida, y de la que poco a poco vamos alejándonos conforme el mundo real gana y anula el brillo de nuestras conciencias. La línea de la moral.

La primera vez que vi a aquel hombre fue hace veinte años, durante el último invierno que pasé en la ciudad que albergó los días y las noches de mi formación universitaria. Sucedió en el local de copas nocturnas que un grupo selecto de estudiantes utilizábamos como última cita de la noche. Un lugar de alcohol y de sueños en el que apurábamos las últimas horas de nuestra despreocupación estudiantil, conscientes cada uno de nosotros de que pronto deberíamos abandonar los desafíos y quimeras juveniles para buscar un lugar en el mundo real. Alrededor de esa mesa en la que casi a diario concluía mis noches, se sentaban futuros profesionales de las ocupaciones más nobles de la sociedad. Había médicos, arquitectos, ingenieros, genios de la informática e, incluso, había aspirantes a escritor como yo. Y fue precisamente mi instinto de novelista, mi propia sed de atrapar las historias de los otros, lo que me llevó hasta él y me hizo emprender un camino que yo creía haber abandonado hace tiempo pero cuya última estación se encontraba en este lugar sin nombre y sin alma, en el fondo de esa caja cuya llave estaba ahora en mi mano.

La noche que aquel hombre entró por primera vez en el bar, yo estaba esperando la llegada de una amiga y permanecía atento a cada movimiento de la puerta, por lo que tuve constancia inmediata de su llegada. Sin embargo, entonces no le presté ninguna atención e incluso sería incapaz de recordar si cuando me marché, él continuaba en aquella mesa del fondo que después ocuparía día tras día. Durante las noches siguientes,

su figura se convirtió en algo familiar para los que frecuentábamos aquel local, pero yo aún tardé unas semanas en comprender que aquel hombre cumplía en sus visitas un horario con tan escrupulosa exactitud que muchas veces su sola presencia servía para fijar con aproximación suficiente la hora en que nos encontrábamos. Esa noche, yo estaba solo y ya me preguntaba si nadie acudiría por fin a esa cita no escrita que teníamos todas las noches, cuando el hombre se levantó, dejó unas monedas en la mesa y se dirigió hacia la salida, y yo comprendí que él, como yo, también tenía una cita que no estaba escrita en ninguna parte. Una cita en ese lugar que sin embargo no se producía nunca. Fascinado por las posibilidades mágicas que ofrecía esta idea, traté de concretar en un pedazo de papel las circunstancias y los motivos que podían justificar tal fidelidad a un encuentro que jamás tenía lugar, pero las líneas que escribí agotaron sus recursos a las pocas palabras y entonces comprendí que estaba buscando la historia en el lugar equivocado. La historia no se encontraba en la mesa en que yo estaba, sino en la que ocupaba aquel hombre. Al día siguiente yo acudiría a su misma cita.

Aquella noche, la noche del día siguiente, cuando el reloj señaló la medianoche y el hombre tomó asiento en su rincón predilecto haciendo un gesto a la chica de la barra para que le trajera lo de siempre, me dirigí decidido hasta él y me senté a su lado. Antes de que pudiera abrir la boca ya me había presentado y estaba hablando sobre mi pasado, mi presente y mi futuro con ese descaro y esa audacia que sólo proporcionan esos años de la vida en los que no tienes nada que perder y mucho que ganar. Le confesé entonces que no había podido evitar observar su comportamiento, también yo era un habitual de aquel local y mataba mis horas entre el humo y el alcohol de los encuentros inciertos, y sabía que, al igual que yo, tenía una cita en ese lugar aunque, a diferencia de lo que me sucedía a mí, que de un modo u otro siempre lograba encontrar compañía, si bien la mayoría de las veces no era la que esperaba ni la que deseaba, él

permanecía solo en una espera apasionante que se prolongaba noche tras noche y que nunca conducía a ningún sitio. Cuando terminé de hablar, le hice un gesto a Mabel, la chica de la barra, para que trajera dos de lo mismo, y esperé las palabras de aquel hombre con la ansiedad del que sabe que los próximos segundos va a resultar decisivos en su aventura, o ya había derribado el muro o no lo conseguiría nunca. Sin embargo, las palabras que escuché no evidenciaban la existencia de ningún muro y encerraban, en cambio, la advertencia de un peligro que entonces no comprendí y que ahora ya era tarde para evitar. Un peligro que me estaba esperando desde siempre, oculto tras el acero de aquella caja que me disponía a abrir.

— ¿Quieres mi historia, no es así? Debes tener cuidado con las historias de los demás, son historias que no conoces y no sabes lo que esconden en sus caminos.

Aquella primera noche no me contó nada, hablamos de esto y de aquello, de cosas y gentes, de lugares y mundos, pero en ningún momento de esa historia que sólo él poseía y que yo quería para mí. Más tarde, avanzada la madrugada, cuando terminaba de desnudarme en el piso que compartía con otros dos colegas, traté de encontrar en sus palabras o en sus gestos algo que sirviera de punto de partida para mi libro, pero esas palabras y esos gestos que ahora navegaban en mi mente entre la vigilia y el sueño, señalaban en direcciones distintas y sólo consiguieron avivar el fuego de mi imaginación en la certeza de estar cerca de una historia irrepetible. Esa historia que había buscado en vano muchas noches y muchos días de cuartillas sin salida que terminaban en el cesto de los papeles. ¿Cuál es esa cita a la que es imposible sustraerse aunque no llegue a producirse nunca?

A la mañana siguiente desperté decidido a interrogarle con unas preguntas tan directas que le resultara imposible despedirse sin haberme revelado su secreto. Animado por esta decisión, cancelé todos los compromisos que me fueron surgiendo a lo largo del

día e incluso dispuse un pequeño cuadernillo para transcribir mis notas cuando regresara a casa con aquel tesoro en mi mente. Sin embargo, las cosas no iban a suceder como yo había pensado, pues aquel hombre, después de escuchar en silencio mi petición y tomar un pequeño sorbo del aguardiente que le acompañaba cada noche, me hizo una propuesta que abrió una puerta desconocida para mí.

— De acuerdo, tendrás mi historia para que puedas contarla en las páginas de un libro. Pero una historia que dura varios años no se cuenta en una noche. No sería la misma historia. Las historias hay que vivirlas para poder sentirlas, para poder contarlas.

— ¿Qué quieres decir?

En el trato que me proponía yo iba a ser el encargado de construir su historia a partir de sus respuestas. Cada noche podría hacerle un número limitado de preguntas que previamente yo mismo debería tratar de responder a partir de las diversas posibilidades que construyera mi imaginación o a partir de la propia información que hubiera obtenido los días anteriores. De este modo, su historia se convertiría en nuestra historia y yo ya podría escribirla.

Así comenzaron nuestras noches en común durante aquel largo invierno y lentamente yo comencé a comprender el sentido de aquella cita que ahora compartía cada noche y que nunca llegaba a producirse. Más tarde, cuando llegaba a casa, transcribía con cierta ansiedad todas las informaciones, pensamientos y sensaciones de cada noche, componiendo lentamente una historia en la que se mezclaban las verdades con las probabilidades, sus palabras con las mías, mis deducciones y conjeturas con los hechos. Comencé así a vivir una historia que ya era en parte mía y en la que cada palabra parecía balancearse en el terreno improbable de la fantasía.

Todo había comenzado diez años atrás, cuando aquel hombre y las personas que formaban su círculo más cercano se vieron atrapados en la pesadilla que padecieron y padecen muchos pueblos, en el infierno de la intolerancia y de la sumisión a una sola idea, en el infierno de un estado que mantiene sus privilegios mediante la destrucción de sus enemigos reales o supuestos. Matones disfrazados de agentes del orden, matones disfrazados con los nobles colores de la patria, o matones a pecho descubierto sostenidos por poderosos miserables sin valor para matar con sus propias manos, sembraron el dolor y la muerte entre todos aquellos sospechosos de guardar en su corazón una sombra de solidaridad o de afecto por sus semejantes.

De todo aquel grupo que inició unido una huida desesperada en busca de una frontera que les alejara definitivamente del terror, una frontera que cada día y cada noche adoptaba una forma distinta, la esquina de una calle, la línea sinuosa de una carretera o la línea de puntos dibujada en un mapa, solo logró sobrevivir el hombre que compartía conmigo las noches de aquel invierno. El resto murió lentamente bajo las garras de los hombres sin alma que estaban al acecho. Unos, los más afortunados, de un tiro en la cabeza, otros molidos a golpes en sótanos oscuros, otros buscando en el fondo del océano un aire que jamás encontrarían, y otros apagándose en la lenta agonía de la tortura. Pero si todos ellos estaban muertos y ya no volverían nunca más, si todos ellos habían sido asesinados por manos y mentes distintas, por miles de mentes y miles de manos que ahora, cuando el terror había concluido y todo debía ser olvidado como una mala pesadilla, se confundían con los ciudadanos respetables, ¿qué esperaba encontrar en aquel bar situado en el otro lado del mundo?

Las noches siguientes traté de encontrar una respuesta para esa pregunta, pero todos mis intentos resultaron estériles. Los asesinos, o carecían de rostro o, si lo tenían, eran lo suficientemente conocidos para que uno no tuviera que acecharlos a muchos

kilómetros de su propio hogar. ¿Qué asesino distinto, qué asesino sin rostro, qué verdugo capaz de cargar con las culpas de toda la gente, debía pues entrar un día, entre la medianoche y la madrugada, en aquel local de copas nocturnas sin saber que dentro le esperaba una cita que no había concertado? Una posibilidad por otra parte muy remota, pues los indicios en que se fundamentaba eran tan débiles y ambiguos que apenas concedían ninguna opción, pero a la que aquel hombre se aferraba con esa determinación que sólo el odio o el amor más profundo pueden proporcionar.

Sólo cuando esas dos palabras, amor y odio, comenzaron a oscilar en los márgenes de mi cerebro impulsadas por un péndulo que ganaba aceleración a cada golpe, la historia que permanecía detenida, suspendida en el aire cargado de aquel lugar, vino a mi encuentro y la verdad comenzó a abrirse paso entre la maraña de historias y posibilidades que yo había estado buscando en la dirección equivocada. Una verdad que lentamente iluminó mi mirada y que el hombre acogió con una sonrisa.

— Ahora ya tienes la historia, es tuya, la estás viviendo. ¿Qué vas a hacer con ella?

— No murieron todos los componentes de tu grupo. Murieron todos menos uno, el hombre que os traicionó, el que os entregó a uno tras otro. Pero ese hombre ya no tiene el mismo nombre, quizás ni siquiera tenga el mismo rostro, y no sabes quién es.

— Tal vez conozca su identidad y tal vez no, esa es la respuesta que me falta. Pero hay algo que olvidas, queda otra persona viva de aquel grupo.

Era cierto, él tampoco había muerto y su propia existencia apuntaba hacia uno de los miembros de ese grupo, hacia aquél que, en el último momento, fuera incapaz de venderle. Señalaba hacia el que mayor afecto le profesara, hacia a su mejor amigo.

Entonces el hombre cogió una servilleta de papel y trazó sobre la misma una línea.

— Esta es, amigo mío, la línea de la moral, la línea que separa los conceptos de bien y mal que habitan en nuestra conciencia. Conforme te alejas de esta línea más te adentras en uno de esos dos territorios, en las ventajas y servidumbres que proporciona el mal o en la estéril satisfacción que nos ofrece el bien. La mayoría de la gente habita en este lado de la línea, cerca de ella, cerca del bien que le reclama su conciencia, pero sin decidirse a atravesarla nunca porque eso les obligaría a cambiar sus vidas y no quieren hacerlo, se conforman con no viajar demasiado lejos en los parajes del mal. Los más idealistas la cruzan en ocasiones, por breves periodos de tiempo, pero pronto regresan a su mundo asustados por el esfuerzo que les exige y también decepcionados por lo poco que obtienen a cambio. Sólo algunos, como yo, nos hemos visto obligados a vivir al otro lado de la línea y ahora ya no sabemos regresar.

Aunque yo no lo sabía entonces, aquella línea dibujada en una hoja de papel iba a ser su despedida, pues aquel hombre ya no volvería a aparecer por el local ninguna de las noches siguientes y yo quedé solo el resto de aquel invierno, tratando en vano de concluir esa historia que había comenzado a vivir. Tratando de dibujar mi propia línea para poder asomarme al otro lado y buscar allí un futuro como escritor en el que no tuviera que renunciar a nada, ni al éxito ni a la verdad, aunque entonces no sabía que ambas cosas no eran posibles porque se encuentran en lados distintos de la línea. Eso lo supe años más tarde, cuando mi primera historia, la historia de aquel hombre y aquellas noches, ya estaba para siempre en las páginas de un libro, y lo sabía ahora que contemplaba en silencio el contenido de aquella caja de seguridad. Unos papeles y un pequeño paquete cuyo mensaje conocía tan bien como esa línea que se dibujaba en el fondo de la caja preguntándome por última vez en cuál de ambos lados me iba a situar.

La segunda vez que vi a aquel hombre fue muchos años más tarde, cuando mi vida ya era otra. Un matrimonio fracasado, muchas ciudades y cuatro novelas que caminaban seguras por los peldaños del éxito. Aquella mañana estaba firmando ejemplares de mi última obra en una céntrica librería, cuando vi su imagen reflejada en uno de los cristales de aquel lugar de espejos y sueños. A pesar de que hacía más de diez años que no había visto a aquel hombre, su presencia repentina no me provocó ningún sobresalto, más bien al contrario, me transmitió la sensación familiar de encontrar un amigo al que tratas cotidianamente.

Las primeras horas de nuestra conversación, que se prolongó hasta bien avanzada la tarde, tampoco desvelaron la existencia de esa larga separación y un espectador imparcial pronto habría concluido que éramos dos amigos que se ven casi a diario y gustan pasar el tiempo entregados a extrañas divagaciones éticas. Tuve que ser yo el que de nuevo forzara la puerta del pasado al preguntarle por su inesperada ausencia a esa cita que compartimos muchos años atrás entre el humo y la desesperación de aquel local nocturno de mi juventud. Entonces el hombre, del mismo modo que había hecho en el pasado, en lugar de responder a mi pregunta, repasó parsimoniosamente las pistas y los indicios que le habían conducido hasta esa cita que finalmente nunca se produjo. Todo aquello yo ya lo sabía, incluso lo había escrito en las páginas de un libro, eran las mismas piezas de un laberinto que no había sido capaz de componer durante los diez años largos que habían transcurrido desde nuestro último encuentro.

— De acuerdo, le dije, todo eso ya lo sabíamos entonces. Sabíamos que las pistas que creías tener, en realidad unos indicios tan poco consistentes que ni siquiera valían para urdir la trama de un relato imaginario, proporcionaban dos respuestas diferentes, una situada en aquel local en que esperábamos cada noche y otra situada en una ciudad que se encontraba a muchos kilómetros de distancia. Había dos opciones,

pues. Desde siempre. ¿Pero, por qué elegiste en aquel momento esa segunda opción y desechaste la primera?

— No lo supiste entonces y no lo sabes ahora. En realidad, nunca quisiste tener la historia.

— ¿Por qué dices eso? Yo escribí esa historia.

— No la misma historia. En cada página de tu libro estás huyendo de ella, tratando de conducirla hasta tu mundo, hasta el lugar de los que estáis a este lado de la línea.

No lo había sabido la noche en que aquel hombre desapareció por primera vez de mi vida, ni tampoco lo supe cuando volví a verlo al cabo de los años, pero lo sabía ahora mientras extendía sobre una mesa de metal los papeles que había en la caja de seguridad de aquel banco hasta dar con la foto de un hombre que estaba oculta entre ellos. ¿Cómo era posible que un camino que había recorrido con la intención de alejarme de aquella línea me hubiera conducido justamente hasta su propia frontera?

Aquel hombre había abandonado el lugar de su primera cita porque sabía que yo permanecería allí en su lugar. Del mismo modo que ahora ocupaba su lugar al cruzar mi mirada con la del hombre de la foto. Una nueva identidad, un nuevo rostro, pero la misma persona que en otro tiempo, en ese tiempo del que hoy ya nadie quiere acordarse, les había traicionado y conducido hasta la muerte más cruel. Toda una vida en el otro lado de la línea para conseguir aquella evidencia. Toda esa vida para tejer la historia que había pretendido atrapar en las páginas de mi libro y que ahora me atrapaba a mí en la soledad de metal de aquella sala atravesada por una línea maldita que se reía de mi ingenuo convencimiento de haberla evitado para siempre.

La tercera y última vez que vi a aquel hombre, había sido esa misma mañana, pero en esta ocasión no habíamos podido cruzar una sola palabra porque el hombre estaba muerto y yacía en el fondo de un ataúd que tan sólo dejaba ver una pequeña parte de su rostro. Apenas diez personas asistíamos bajo la lluvia a su entierro y una de ellas tenía que ser la que me había hecho llegar el aviso que tenía en mi bolsillo. No importaba cuál de ellas fuera, esa persona acudiría a mi encuentro tan pronto la tierra cubriera para siempre el ataúd y aquel hombre atravesara definitivamente la línea que separa a los vivos de los muertos.

Pero una vez más me equivocaba al anticipar el final de la historia, pues esa línea, la línea que separa a los vivos de los muertos, se interrumpía a la entrada de aquel recinto. Lo mismo que se equivocaba el hombre de la foto que tal vez esa mañana había contemplado aliviado el entierro de su enemigo oculto tras los árboles que había en la colina contigua, pensando que la tierra que había sepultado el ataúd, también había enterrado para siempre la historia de traición y de muerte que le había perseguido durante tantos años. Pero si esa historia había terminado para siempre y si ya nada regresa desde el lugar de los muertos, ¿por qué mi mirada permanecía ahora enganchada al acero que había en los ojos del hombre de la foto?

Cuando la ceremonia concluyó, una mujer joven se acercó y caminó en silencio a mi lado. Ella había cuidado del hombre en los últimos años de su vida e incluso le había ayudado en sus postreros descubrimientos, pero nunca llegó a conocer la historia completa y la búsqueda errática de aquel hombre muchas veces le había parecido tan sólo quimeras y delirios provocados por la enfermedad. Unos días antes de morir, el hombre le había revelado por primera vez mi existencia y le había efectuado el último de los encargos. Confiarme el legado de toda una vida, traerme el sonido del grito de odio o de justicia que había conseguido superar los márgenes de su propia tumba. El

último capítulo de una historia inconclusa que yo había pretendido encerrar en las páginas de un libro. Las mentiras de entonces me pasaban factura ahora que tenía ante mis ojos la verdad que quise ignorar en el pasado. Aquella historia no había llegado hasta mí para que la escribiera, sino para que la viviera.

En el fondo de la caja metálica había un paquete cuyo contenido ya conocía, el instrumento que yo había puesto en manos de mi amigo en las páginas postreras de mi libro y que ahora él colocaba en las mías para que escribiera sobre la tierra el último capítulo de esa historia que años atrás había creído agotar sin saber que ella seguía esperándome a través del tiempo porque yo era la única persona que podía concluirla.

Cogí aquel paquete y descubrí lentamente el revólver que había en su interior. Las alternativas que yo había planteado en las líneas de mi libro se me presentaban ahora a mí en el mundo real y esa línea de la moral que había conseguido evitar hasta entonces me mostraba ahora un trazo desafiante que estaba fabricado del mismo metal que el revólver que tenía entre mis manos. Un trazo, una frontera, que quizás estaba contemplando por última vez desde este lado de la línea.